

Marcelo Pakman

EL EXILIO DEL MESÍAS

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Cla•De•Ma
Filosofía/Psicología

©Editorial Gedisa. Edición no venal

EL EXILIO DEL MESÍAS

Buscando señales de vida en psicoterapia

Marcelo Pakman

©Editorial Gedisa. Edición no venal

gedisa
editorial

© Marcelo Pakman, 2021

Imagen de cubierta: Fragmento de *La escalera de Jacob*, mosaico del siglo XII-XIII,
Catedral de la Asunción, Monreale, Sicilia
Fotografiado por Richard Stracke, compartido bajo atribución-No comercial- ShareAlike license
Montaje de cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición: febrero, 2022

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
www.gedisa.com

Preimpresión: Moelmo, SCP
www.moelmo.com

ISBN: 978-84-9784-756-8
Depósito legal: B 1064-2022

Impreso por Ulzama

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión castellana de la obra.

In memoriam *Graciela Liliana Pakman, z"l,*
que su memoria sea una bendición

©Editorial Gedisa. Edición no venal

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Ars Vitae, Amor Dei</i>	13
Introducción	15
1. Vivir el mito	23
2. Mitos y eventos poéticos: punto y contrapunto	47
3. Sentido, significado y pensamiento sistémico	73
4. Sentido, potencialidad y flexibilidad sistémica	101
5. Ecología del regazo y vida sensible	133
6. Una mesiánica del existente	161
7. Entre tierra y cielo: exilios y redenciones cotidianas	193
Epílogo	231
Bibliografía	239

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Agradecimientos

Con gratitud para Kelly O'Brien, Marisa Barone, Linda Martin, Timothy Johnson de Mercy Hospital en Springfield, y Paul Richardson y su equipo de colaboradores de Dana Farber Cancer Hospital en Boston.

Para Alfredo Landman y su equipo de colaboradores de Editorial Gedisa de Barcelona.

Para los amigos y amigas que me estimularon durante los largos años de preparación de esta trilogía.

Para los colegas y alumnos que concurrieron a mis seminarios, cursos y conferencias, haciendo posible, con sus preguntas y comentarios, profundizar aspectos diversos de las cuestiones que aquí trato.

Para José Nesis, Rodrigo Morales y Salvatore Pace por la lectura de capítulos de este texto y por su amistad. Para Chus Arrojo por la lectura, los señalamientos y mucho, mucho más.

Para mis hijos David, Natán y Galia por darse cuenta de tantas cosas.

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Ars Vitae, Amor Dei

Miraron a su alrededor y, sin saber quiénes eran,
se asombraron de la arena, del viento, del mar,
de la vida en movimiento que los acompañaba.
Pisaron la tierra inexorable que los iba tragando sin razón
y supieron que la quietud de la muerte es sin luz.
Vieron los cielos poderosos y predecibles que
sin rendirse a la oscuridad los visitaban con luces lejanas.
Se acompañaron por las noches,
durmiendo acunados por los sonidos del miedo.
Sintieron su peso en el espacio y aprendieron
que también está el tiempo de lo que vendrá.
Hablar era un destino, pero se miraron a veces
porque sí, balbucearon buscándose los labios y,
mientras los gestos diseñaron sonrisas, fundaron
el beso que, al hacerse uno, los hacía callar.
Un día se tocaron lentamente y aprendieron,
en silencio, a festejar la caricia mientras
aprendían a murmurar los ruidos del amor.
Vivieron horrores y descansos, la extrañeza
de lo súbito y la quietud alegre de existir:
fueron testigos de la montaña que enmudece,
de sombras fugaces en recodos del bosque,
del olor de los frutos, frescos otra vez.
Y fue el tiempo que traía siempre más mundo:
cicatrices herederas de heridas, formas
intensas y empecinadas como árboles gigantescos,
despedidas dolorosas que anunciaron soledad.

Se encontraron con días sin memoria y
nacieron al brillo del mundo insomne:
recreos sin cansancio ni dolor.

Mujer de la noche de San Lorenzo:
juntos a cobijo de lluvias de estrellas,
de amaneceres sin señales, de arrullos de olas
lejanas, de presencias fantasmáticas,
de encuentros bajo el sol antiguo, de melodías
sin rumbo, de alegría de cuerpos frágiles y tibios,
esperando, palpitando, el regalo de una revelación.

MARCELO PAKMAN, South Hadley,
Massachusetts, enero de 2021

©Editorial Gedisa. Edición no venal

Introducción

Presento aquí el tercer y último volumen de la trilogía *El espectro y el signo*. Este proyecto, esbozado inicialmente en 2011 en la obra preliminar *Palabras que permanecen, palabras por venir. Micropolítica y poética en psicoterapia*, llevó una buena parte de mis empeños de esta última década, pero se inició mucho antes, a partir de una práctica reflexiva tanto de la clínica psicoterapéutica como de su enseñanza en ámbitos más que nada, aunque no exclusivamente, sistémicos, de psiquiatría comunitaria, de terapia familiar e individual, de intervenciones sociales relacionadas con inmigrantes, minorías y contextos de opresión social, así como, yendo más atrás, de psicoanálisis y de psicología del desarrollo. El proyecto editorial resultó de este trabajo clínico y docente más bien itinerante, realizado en múltiples países, donde hubo colegas que me abrieron las puertas de sus instituciones, ofreciéndome audiencias interesadas de alumnos y clínicos experimentados que me motivaron y me acompañaron en seguir los destinos de esa búsqueda de amplio alcance. Esos pasos, imbricados con las vicisitudes de la vida, me llevaron a una conceptualización, en la cual me ocupé de entretrejer tradiciones psicoterapéuticas, psicoanalíticas y cibernéticas del multiforme campo sistémico con la literatura, las artes y los estudios filosóficos, in-disciplinarios pero no desprovistos de dedicación, método y estudio. Así me formé personal e intelectualmente aventurándome en la búsqueda de un pensamiento vívido con el cual iluminar el asombro — esa mezcla de sorpresa — y ansias por orientarse en las sombras por nuestras circunstancias, no menos misteriosas ahora que en aquellos primeros pasos, ya bastante lejanos, nacidos al pie de la poblada biblioteca de mi padre, testigo de su amplia curiosidad y de su deseo de compartirla y de estimular su lectura.

La trilogía *El espectro y el signo* dio lugar a la articulación progresiva y detallada, inicialmente insinuada pero no programada, de una *postura crítico-poética en psicoterapia* que, dada la necesidad de investigación que implicaba, excedió, por cierto, ese punto de partida. A partir del mundo de *signos* reducidos a significados más que nada verbales en que vivimos inmersos, exploré, desde diversos aspectos, nuestra *vida sensible*. Esta vida sensible no se reduce solo a la sensorialidad de la percepción empírica y material, sino que se configura también como una dimensión de *sentido* que suplementa y embruja como un *espectro* a los *signos* en cuyo contenido abstracto se domestica nuestra vida cotidiana de un modo estereotipado y consabido, en el cual se engarzan las luces y las sombras, tanto de nuestros padeceres clínicos como de los modelos de tratamiento de los mismos.

La cuna de esta dimensión de *sentido* se encuentra en la *ecología del regazo* en la que todos nacemos y vivimos en principio como infantes «sin habla», y ocupa un lugar intermedio que no puede identificarse con un fenómeno mecánico puramente biológico de un cuerpo inanimado, reducible a elementos constituyentes y ciego a condiciones sociales, culturales y políticas por una parte, ni tampoco puede reducirse a ser un sinónimo de lo que el habla llega a ser una vez adquirida y plenamente desarrollada en torno a significados interpretables, por la otra, adoptando un culturalismo radical ciego a nuestra constitución físico-química-biológica que nos hace parte de un universo en el que no somos como dioses ajenos al resto de lo creado, aunque lo ambicionemos. Esta dimensión intermedia del *sentido* está enraizada en los aprendizajes corporales tempranos de la mencionada *ecología del regazo*, en la cual logramos sobrevivir y desarrollarnos en nuestra condición de peculiar inmadurez y de enorme potencialidad de aprendizaje, que es anterior a la relación entre sujetos y objetos diferenciados (que garantizan el conocimiento objetivable de la ciencia empírica). Sin embargo, esta dimensión de *sentido*, diferenciada de la del significado y raíz de la misma, ha sido con frecuencia ignorada desde la modernidad y la posmodernidad, dejándonos derivar en una dicotomía que alterna entre la ciencia empírica y la hermenéutica interpretativa y, de ese modo, tiende a desaparecer de las teorías dominantes que guían las prácticas profesionales, siendo así deprivada de legitimación y de reconocimiento.

A pesar de esa falta de reconocimiento, esta dimensión *poética* de *sentido* no deja nunca de *aparecer* en forma de *imágenes* que *nacen*

a la presencia de un modo necesariamente fragmentario, ya que, como existentes limitados que somos, no tenemos nunca acceso directo a una realidad total y unificada. En cada aparición concreta de esas imágenes singulares, vividas con frecuencia como impertinentes, dada la hegemonía de las *micropolíticas dominantes* que dan forma a nuestra experiencia, se da la oportunidad de que reaparezcan los mundos de cualidad textural de la experiencia cotidiana, los *qualia* de la filosofía medieval, que nunca dejan de embrujar el mundo más abstracto de la racionalidad radical, en el que nos hemos deslizado a vivir en conflicto con nosotros mismos. De ahí el valor de la resistencia espectral, por parte de la singularidad poética que nos habita, a ser domesticados por signos abstractos y metafísicos simplificados en fórmulas políticas, como si fuéramos dioses desligados de nuestra condición corpórea engarzada en la naturaleza más amplia, una alienación hecha posible al vernos como seres de cultura, de la *polis*, del *logos* y de un habla capaz de dissociarse de sus modestos orígenes y de las formas más tempranas del saber de una conciencia-mundo cuya capacidad de autorreferencia no es en principio la que trae la palabra reflexiva.

De ahí la importancia del *espectro* de la *poiesis del sentido*, de la sensualidad material de nuestras vidas en mundos en constante aparición, para que resistan como contrapeso a esas fuerzas de domesticación que exceden a la necesidad del orden cotidiano para volverse dispositivos sociales en los que vivimos alienados en racionalidades estereotipadas, identificados como operadores de un mundo del cálculo económico puro, de un imaginario domesticado tan solo como señuelo sensual, pero, de hecho, mero ejemplo de ideología totalizadora, entregados con frecuencia a un pensamiento mágico-mítico que actúa como contracara obscena de la supuesta racionalidad abstracta y radical que guía nuestros pasos.

Si el significado abstracto es central en las micropolíticas dominantes que dan forma a nuestra vida cotidiana, el *sentido* nacido de la corporalidad en una verdadera *ecología del regazo* —que nos permite sobrevivir a nuestra inmadurez neonatal, sostenidos por los cuidados que recibimos y que vehiculizan el orden psíquico temprano— establece un contrapunto duradero, siempre y cuando lo reconozcamos, educándonos para ser sensibles a su emergencia en puntos de resistencia que hacen posible el desarrollo de eventos poéticos. *En el sentido*

emergente en imágenes, una potencialidad de singularidad nace a la presencia y reta el orden con frecuencia excesivo de las micropolíticas dominantes. De ese modo, se consigue sincopar la estabilidad y el estereotipo a través de eventos nacidos de puntos de resistencia a la domesticación, eventos que requieren luego ser integrados a lo estable de la vida mediante un trabajo de la imaginación. En ese proceso, una sensibilidad abierta al evento reconoce esa dimensión soslayada que reaparece como imágenes y las recupera, llegando a configurar eventos poéticos que se continúan en el trabajo y el arte de integración de los mismos como cambios en nuestra vida cotidiana. De este modo, ese proceso se transforma en un recurso central para el ámbito psicoterapéutico, que es nuestro punto de partida y de referencia, aunque no es un proceso que se limite al mismo, ya que importa para la cuestión del cambio en general en ámbitos diversos. Así logra ser un recurso para salir de la repetición, el estereotipo y lo consabido, si educamos la sensibilidad del terapeuta hacia lo que parece impertinente, engarzando las técnicas de las que ya dispone para ponerlas al servicio de esa sensibilidad.

Sin ese espectro sensual y material del sentido, que nos rescate del mundo de signos que nos reclutan como instancias repetidoras de guiones preformados, la distinción entre ficción y realidad, así como el concepto de verdad y la realidad misma, han retrocedido, como se hizo más evidente durante dos acontecimientos centrales de nuestro tiempo: la configuración de las respuestas a la pandemia¹ de coronavi-

1. En *A flor de piel. Pensar la pandemia* (Gedisa, 2020), escrito al calor de los acontecimientos, traté en detalle los mitos que se movilaron como una contracara obscena de la racionalidad, que aparentemente justificaba algunas respuestas a la virosis que contribuyeron a configurar la pandemia, en particular los mitos de sacrificio de aquellos que fueron identificados como «anormales», así como entablando una verdadera negociación con la muerte que intenta mágicamente desviarla a lo largo de líneas de quiebre de las sociedades en sus desigualdades preexistentes. También describí allí esta movilización mítica como una expresión del conflicto que tenemos con nosotros mismos, como seres corporales y materiales identificados mágicamente con un Dios escondido, en lo que podemos describir como la micropolítica del humano escondido, el *homo absconditus* tratando de hacerse invisible para el virus. La redacción de este libro, un aparente desvío del proyecto de la trilogía *El espectro del signo*, fue, de hecho, una extensión y exploración de sus conceptos centrales a la situación que estábamos viviendo, en el espíritu de lo que hacemos habitualmente en la práctica reflexiva de la psicoterapia.

rus, que puso en jaque nuestra existencia cotidiana «normal» desde finales del 2019, y la extensión, que la precedió, de regímenes populistas y autoritarios que organizan nuestra vida política como reinos de la mentira repetida por conciencias sincronizadas (Stiegler, 2018, 2020). Esto fue facilitado también por ámbitos intelectuales que, tratando de criticar un mundo de verdades únicas, cayeron en otro en el que se festejó el simulacro y el multiverso al precio de ponerse con frecuencia de espaldas a la realidad y a la verdad. Si la verdad es provisoria y elusiva, la aventura de su distinción de la falsedad es un trabajo posible, aun cuando provisorio, de la imaginación que vuelve efectiva la coexistencia de lo que la ciencia estudia a niveles constitutivos, con lo que la hermenéutica social, cultural y política ejerce en el campo de la interpretación del significado, sin eliminarse mutuamente y dinamizándose a la luz de lo que el *sentido*, como orientación vívida, nos trae a través de apariciones singulares del mundo que se constituyen como eventos de cambio, con el desafío que su integración a la vida estabilizada habitual implica.

Nacidos como seres para la singularidad (no individualidad), que se dan forma por su capacidad para reinventarse y hacer así comunidad ante los retos de la realidad múltiple de lo humano, la novedad, el aprendizaje, el cambio, la vida cotidiana puede terminar, sin embargo, organizada no solo por las políticas gubernamentales que rigen en la vida comunitaria, sino también por micropolíticas de la vida familiar e institucional que logran estabilidad al ordenar la experiencia cotidiana de acuerdo con conocimientos establecidos y de poderes distribuidos de modo horizontal más que jerárquico, articulados como dispositivos sociales que nos estructuran como agentes (Foucault, 2013) en torno a identidades sociales reconocibles y como sujetos que, al hablar tomando posiciones ante situaciones sociales, pasan a comandar nuestra subjetividad, es decir, nuestra vida interior más allá de lo que puede ser observable como comportamiento objetivo.

En esta trilogía exploramos varios aspectos de este romance entre la estabilidad y el cambio, entre el espectro y el signo alienado en el significado. En Texturas de la imaginación. Más allá de la ciencia empírica y del giro lingüístico (2014), los enfoqué desde el punto de vista de una estética que no consistiera en normas para atar la vida sensible y sus apariciones singulares a una terapia normalizadora y normatiza-

dora semejante a un arte de museo, sino que más bien la liberé de su función micropolítica dominante al servicio de significados metafísicos abstractos, estereotipados y repetitivos, y logré devolverla a ser una *aisthesis* o *estética de la vida cotidiana como fenómeno central del devenir en el mundo natural/cultural que habitamos*. En *El sentido de lo justo. Para una ética del cambio, el cuerpo y la presencia* (2018), adopté un punto de vista *ético* que no consistiera en promulgar reiterativamente normas éticas o morales a seguir o encarnar, sino más bien como una *ética u ontoética de la vida cotidiana, entendida como una inclinación a una vida mejor que valga la pena de ser vivida por los grupos humanos en los cuales hacemos comunidad, compareciendo ante singularidades* que nacen a la presencia, más allá de nuestras identidades y posiciones subjetivas habituales, como fuerzas dinamizadoras de esas normas ya existentes, poniéndolas así a prueba en los avatares de nuestro devenir conjunto. En este volumen, *El exilio del mesías. Buscando señales de vida en psicoterapia*, engarzo todo este desarrollo dentro del pensamiento sistémico con una lectura detallada de aspectos de la obra de Gregory Bateson, siguiendo huellas insinuadas pero no desarrolladas. Pero me ocupo también de una *teología* de la vida cotidiana, que no consista simplemente en sumarse al campo de las normas y los significados religiosos tradicionales, sino que sea más bien *una inclinación hacia lo abierto más allá de lo que existe como las cosas del mundo, reales o ficticias, que conocemos, presentándose como un impulso transformador inmanente a toda aparición de sentido*. Dado que trabajo desde dentro de la tradición monoteísta de Occidente, a esta *teología de la vida cotidiana* la denomino una *mesiánica de la vida cotidiana que, sin esperar una respuesta de los cielos, inspira y da impulso también a acciones esperanzadas y transformadoras*.

Así como podemos ir más allá del significado abstracto operando e integrando la dimensión del sentido que es su raíz, y así como podemos ir más allá de la justicia, la ética y la moral al sentido de lo justo, también podemos ir más allá de la religión hacia lo abierto más allá de lo que ya existe como las cosas consabidas del mundo. En todos los casos, el movimiento es etimológicamente radical; va hacia lo que está en la raíz de lo estético, lo ético y lo teológico. Este movimiento incorpora el papel que cumplen, tanto en la vida cotidiana como en la práctica psicoterapéutica, la vida sensible, la inclinación hacia lo justo

y el territorio presente pero incierto más allá de nuestros horizontes existenciales. Con este recorrido estético, ético y teológico-mesiánico de la vida cotidiana, nos acercamos a la potencialidad de cambio que nos habita y que va más allá de la aceptación de que las cosas nunca sean más de lo que ya son.

©Editorial Gedisa. Edición no venal

©Editorial Gedisa. Edición no venal

1. Vivir el mito

Tal vez no sea suficiente saber que el mito es mítico.

JEAN-LUC NANCY,
The Inoperative Community, 1991, p. 46¹

Jacinta, una experimentada terapeuta familiar, en el contexto de una reunión de revisión de casos que alternamos con consultas en vivo hechas conjuntamente, me cuenta una situación que la ha dejado perturbada. Recibió un llamado telefónico de Isabel, una mujer de 45 años que le pedía una cita para comenzar un proceso de terapia familiar. Cuando Jacinta preguntó quiénes irían a la cita, Isabel le dijo que irían ella y su ex marido, junto con los hijos de ese matrimonio. Como respuesta a la pregunta acerca del motivo de la consulta, Isabel explicó que la hija mayor, Eugenia, de 26 años, vivía sola y tenía un problema de drogas, pero agregó que estaría bien que la hija menor, Sonia, de 22 años, también formara parte de las sesiones familiares. Siempre respondiendo a preguntas de Jacinta, más que espontáneamente, Isabel dijo que hacía diez años que tenía otra pareja, con quien convivía desde que se habían casado, hacía cinco años, y que tenían un hijo pequeño. Afirmó claramente que no creía necesario incluirlos.

Cuando Jacinta le preguntó si todos los que le gustaría que formaran parte de las sesiones familiares estaban de acuerdo en concurrir, Isabel afirmó: «No, ninguno está de acuerdo». Su ex marido, Ángel, le dijo que no estaba dispuesto a involucrarse en una terapia en la que se-

1. Las traducciones de citas que están en francés o en inglés en el original son del autor a no ser que se indique lo contrario.

guramente se indagarían cosas sobre un matrimonio terminado que, según él, no tuvo mayores problemas en general, salvo hacia el final. Eugenia que vivía sola, llevaba años haciendo terapia individual y últimamente estaba tratándose su adicción asistiendo a un grupo en un centro especializado, aunque Isabel pensaba que seguía consumiendo drogas y estaba preocupada por ello. Sonia, que estaba terminando la universidad y residía en el campus de la misma, mostró desinterés por concurrir diciendo que su vida estaba muy bien y, cuando agregó que no veía cuál era el punto de una terapia familiar, Isabel no supo qué decirle. Por lo demás, su marido actual la miró sorprendido cuando Isabel comentó el plan de terapia familiar que tenía. El hijo pequeño estaba bien y ella no quería mezclarlo «en todo esto», aunque no sabía especificar qué era «todo esto». Jacinta le dijo a Isabel que resultaba difícil hacer una terapia familiar si todos los que ella quería convocar estaban en desacuerdo, pero Isabel insistió, pidiéndoselo por favor, porque «es de suma importancia y hay que hacerlo ya mismo». Isabel agregó que ella no solía hacer planes para otros sin consultar, pero que este era un caso especial. Ante la pregunta de Jacinta por el motivo de la urgencia, Isabel respondió: «Es el núcleo familiar el que hay que tratar, las cosas vienen de lejos, ya le contaremos..., es Eugenia tal vez..., pero no solo eso...», y no pudo dar información más específica mientras seguía dando por hecho que la sesión familiar iba a llevarse a cabo. Jacinta me refiere un clima de urgencia poco común en el pedido, comparado con situaciones semejantes que ella ha visto anteriormente cuando hay familiares en desacuerdo con acudir a una sesión familiar. La angustia de Isabel parecía ir en aumento al ver que Jacinta era remisa a organizar ese encuentro, que no se alineaba inmediatamente con ella en promoverlo y que mostraba que esa terapia, tal como Isabel la concebía, tendría muchas opciones de fracasar.

Jacinta empezó a sentirse incómoda y muy presionada a aceptar algo que su formación y experiencia le decían que era una situación que no estaba madura para una consulta familiar y que requería, al menos, algún trabajo previo. Así se lo dijo a Isabel, agregando que, en general, era mejor que quienes asistían no se sintieran obligados a hacerlo. Isabel, entre lágrimas, insistió en la importancia de hacer esa terapia, diciendo: «La oportunidad es ahora, no podemos perderla», sin poder explicar o agregar nada más. A Jacinta se le ocurrió que tal vez hubiera un secreto que Isabel pensaba develar en esa sesión pedida con urgen-

cia y a contramano de los deseos de quienes ella pensaba que tenían que asistir. Cediendo en parte a la presión y a la angustia de Isabel, cada vez más evidentes, Jacinta le ofreció verla a ella una vez para entender mejor la situación, lo cual Isabel aceptó algo frustrada, no sin insistir una vez más en si no sería posible citar a todos. Jacinta le dijo que se podía hacer una invitación abierta aceptando que acudiera quien quisiera, que quizás alguien más fuera para complacerla, pero que podría ocurrir también que no asistieran quienes ella deseaba, y confesó desconocer un método para lograr esa concurrencia, como Isabel le pedía. Llorando abiertamente, Isabel le dijo: «No es para hacerme un favor a mí, es la familia la que tiene que ir», y agregó que había buscado a Jacinta por el reconocimiento profesional que tenía en el ámbito de la terapia familiar, en el cual ella tenía algunos amigos.

Durante el encuentro personal entre Jacinta e Isabel, que Jacinta grabó en un video con su consentimiento y trajo a la supervisión conmigo para revisarlo, todo transcurrió de un modo semejante a lo que Jacinta ya me había comentado sobre el contacto telefónico. Los hábiles intentos de Jacinta de explorar la intensidad de Isabel en lograr una sesión inicial con su familia anterior, que volvió a ser el foco del encuentro, no evitaron que la negativa de asistir por parte de quienes ella quería tener de invitados dejara de causarle una gran pena, cuya intensidad la propia Isabel no sabía a qué atribuir. Los intentos de Jacinta de dejar abierta la concurrencia a los invitados que lo desearan, o de ampliar la convocatoria a su marido actual, no prosperaron. Isabel decía: «Eso no me convence... Son ellos los que tienen que estar aquí». Sin embargo, Isabel no podía definir qué era lo que le hacía asumir que debía ser así, ni, por ejemplo, de qué le gustaría hablar en esa «terapia familiar», pero dijo que no esperaba ser testigo de ningún tipo de revelación importante en caso de darse esa reunión, ya que no le parecía que «en la familia» hubiera «cosas de ese tipo». Cuando Jacinta le preguntó si cuando decía «la familia» se refería también a su familia actual, es decir, si consideraba que ambos matrimonios y todos los hijos formaban parte de lo que ella llamaba su familia, Isabel le dijo algo irritada: «Todos lo son, pero son diferentes familias, es diferente, son diferentes momentos..., no sé, es difícil de explicar..., pero tampoco es tan raro o complicado, yo soy una persona a la que le gusta resolver las cosas rápidamente». Jacinta le dijo: «Por supuesto, me refería a que tú eres la misma persona y son dos familias tuyas,

y hay una dificultad sobre la que todavía no sé demasiado». Isabel insistió en que era más una reunión para aquella familia, no para esta de ahora..., y «de mi vida ya hablé mucho en sesiones individuales con los terapeutas que tuve en dos momentos, después de separarme y hace un par de años». Jacinta decidió ser cauta porque no quería contrariar lo que Isabel marcaba como su territorio de incumbencia, aunque pensó que eso sería un problema para esta terapia si fuera a suceder. En un momento, Isabel comentó que a sus hijas mayores, Eugenia y Sonia, les gustaba su marido actual y que se llevaban bien con su medio hermano, el hijo menor de Isabel, que a veces salía con ellas. Cuando le pregunté a Jacinta el nombre del marido actual y el del hijo de Isabel, se sorprendió al ver que no los sabía y que, contra su costumbre, no los había preguntado. Le digo entonces: «He visto aparecer a personas sin nombre por ser parte de situaciones en las que alguien quiere realmente dejarlos afuera, por ejemplo Isabel en este caso, ya sea porque simplemente no cuentan para la consulta que propone, como ella dice, ya sea para protegerlos de algo, aunque también a veces hay dos categorías de familias. Pero todo esto puede muy bien no ser el caso, por supuesto». Y agrego como comentario más general: «Esta ocurrencia, en parte basada en experiencias anteriores y que le da una posible relevancia a esa cuestión, podemos dejarla allí sin forzarla pero sin olvidarla. Es posible que en algún momento algo de lo que vendrá se junte con esta aparición, pero otras veces se pierde y no va a ningún lado, porque la terapia no funciona como una novela policial, donde no debe haber cabos sueltos, salvo que la montemos basada solo en nosotros mismos».

Al continuar la sesión que vemos en el vídeo, Jacinta le preguntó a Isabel: «¿Cuánto tiempo hace que no se reúnen, por el motivo que sea, quienes tú quieres reunir ahora para terapia familiar?». Isabel le respondió acongojada: «Desde la separación». Luego comentó que fue a iniciativa de ambos porque «la relación se tensó después de una pelea entre Ángel y mi papá, que entonces estaba vivo... Tal vez sea eso lo que Ángel no quiere volver a tratar... Ellos eran muy diferentes..., yo lo entendí a Ángel, pero él se apresuró a romper la relación con mi papá y, al poco tiempo, conmigo. Él también es una persona que resuelve las cosas pronto. Él se volvió a casar, después que yo, y no tiene otros hijos». Le comento a Jacinta que «pareciera que el tema de la consulta, tal como se iba configurando, era más bien en qué se diferenciaban esas familias, por qué era importante mantenerlas separadas,

así como por qué era importante reunir solo a la familia anterior, más que algún problema puntual que hubiera surgido, a pesar del consumo de drogas por parte de Eugenia, del que no sabíamos demasiado. Cuando Jacinta le preguntó en la sesión que revisábamos acerca de qué pasaría en su opinión si no fuera posible hacer la terapia familiar que ella deseaba, Isabel le dijo, llorando nuevamente: «Nada..., no sé..., nada serio..., todo seguiría igual..., tampoco es que estemos mal, pero está esa preocupación por Eugenia», y solo pudo agregar: «Ella está huidiza, no llama, se aísla, dice que quiere hacer sus cosas y, si insisto, dice que tiene su vida..., no sé si está bien..., juntar a la familia para terapia sería muy bueno...».

Jacinta comienza a sentirse acongojada de forma creciente y me cuenta que le bastaba recordar la situación para volver a sentir esa congoja intensa ante el deseo tan ferviente de esa mujer, con quien ella se sintió súbitamente muy cercana. Cuando Jacinta me dice: «Me apena mucho no poder ayudar a Isabel, me acuerdo constantemente..., no sé por qué me sucede esto... tan intenso...». Le digo: «Quizás Isabel está pidiendo mucho más de lo que parece, algo que no es posible ni siquiera para una buena terapeuta», y mientras lo digo veo el collar con una cruz católica que Jacinta lleva siempre. Una vez me contó que procedía de sus ancestros italianos y, simultáneamente, me acuerdo de algo que decido contarle: «Cuando estaba en la escuela secundaria leí que se decía que en una iglesia estaba el cráneo de Juan Bautista cuando este tenía doce años». Ella parece no entender, yo sonrío y espero, me lo repite para ver si entendió bien, como en efecto le digo que lo hizo. Entonces comienza a reírse. Jacinta ya sabía que le estaba afectando no poder cumplir los deseos de esta mujer, pero no sabía hasta dónde ni con qué se relacionaba su propia congoja en esta situación, que acompañaba a la de la propia Isabel. En ese momento me deslizo del sillón donde estoy, casi arrodillándome, mientras junto las manos como para una plegaria y le digo: «*Madonna... Madonna...*,² dame a mi familia, la que ya no existe más». Jacinta rompe a llorar con mucho sentimiento y dice después de una pausa: «Eso sí que me ha pasado, sentir que no se puede volver atrás, que perdimos una oportunidad...». Mis ojos se humedecen también por la evocación de lo que ya no puede recuperarse a no ser, quizás, que mediara un milagro.

2. La Virgen María.